

XXX domingo ordinario - C - 26 de octubre de 2025
(Si 35, 15b-17.20-22^a; Ps 33 (34); 2 Tm 4, 6-8.16-18; Lc 18, 9-14)

La oración de un corazón pobre



Si el domingo pasado Jesús insistía en la necesidad de orar sin cansarse, este domingo hace hincapié en cómo rezar. Siendo un diálogo de amor con Dios, la oración implica todo nuestro ser y requiere una cierta disposición del corazón para que sea eficaz. ¿Cómo oramos? ¿Qué espera Dios de nosotros en la oración? Los textos de este domingo parecen unánimes en decirnos que la oración que agrada a Dios es aquella que procede de un corazón pobre, abierto para acoger la gracia.

Inspirada, Santa Teresa de Lisieux define la oración como sigue: " Es un impulso del corazón (hacia nuestro Dios que se dejó traspasar el corazón), es una simple mirada lanzada al cielo (hacia nuestro Dios que tiene los ojos fijos sobre nosotros), es un grito de reconocimiento y amor en medio de la prueba como en medio de la alegría " (Ms C, 25rv). En efecto, hay un intercambio maravilloso entre nuestro Dios que nos ama por hacerse cercano a nosotros y nosotros que tenemos necesidad de su amor. Solo aquellos que sienten esta necesidad de amor, esta sed de gracia pueden entrar en una relación profunda con el corazón de Dios.

En la parábola del evangelio, el fariseo se presenta ante el Señor con un corazón orgulloso, cerrado sobre sí mismo. Su oración se parece más a un panegírico, un elogio hecho en su propia honor mientras culpa a los demás, que a una marcha sincera de encontrar a Dios. Apostó más por sus acciones, aunque buenas, que por la gracia de Dios. La soberbia de su corazón se convierte en un obstáculo para encontrar el corazón de Dios. Extrañamente, a menudo nos parecemos a este fariseo cada vez que pensamos merecer tal favor porque hemos realizado tal cosa: servicio prestado a la Iglesia, gesto de caridad hacia un hermano o una hermana, esfuerzo en la vida moral etc. Osaría realmente creo que estoy solo en el hecho de que estoy casado y el otro en una relación libre o divorciados? ¿Soy justo porque asisto a la misa todos los domingos y el otro no? ¿O porque no cometo (muchos) pecados?... ? ¡Desengañémonos! Dios nos comunica su amor y su gracia por un acto libre, el don de Dios es gratuito.



Además, en su oración, el publicano reconoce su pobreza ante el Señor; vacía su corazón expresando su necesidad de amor y perdón: "¡Dios mío, sé favorable al pecador que soy!". Una oración breve, pero que se arraiga en la pobreza del corazón de este publicano, por eso "atravesó las nubes" para tocar el corazón de Dios. Y él es el que salió justificado no por sus actos, sino por el amor y la gracia del Señor.

Como este publicano, dejémonos acercar por la misericordia de Dios, humillémonos delante de él con toda confianza. Dejemos subir el grito de nuestros corazones de pobres ante el Señor porque, como nos dice el salmista, "un pobre grita, el Señor escucha"



*Señor, te pido humildad de corazón,
Para que yo le devuelva un honor más perfecto;
Para tomar lugar entre todos los últimos,
Me convertiré por gracia un día todo de los primeros.*

(Padre de Montfort, cántico 8, 41)

P. Ekenley JEAN-NOËL (Tito), smm